

su esposa, un hermano á su hermana, el corazon, el amor, ved ahí lo que Jesus conquista en millones de hombres de mil ochocientos años acá. ¿No es esto un prodigio superior á cualquier otro prodigio? Alejandro, César, Aníbal, con todo su genio, nada han conseguido que se le pareciera. Conquistaron toda la tierra, pero no consiguieron ganar el corazon de un solo hombre. ¡Y Cristo posee el corazon de miles de millones de hombres, hace ya diez y ocho siglos! Millones de hombres se han hecho martirizar por él, millones de hombres aceptan su yugo con placer, y sufren por él las privaciones mas duras! A la vista de un milagro de tanta magnitud obrado por Cristo, ¿cómo podría dejarse de reconocer en él al Verbo divino que ha creado el mundo?

“Vos lo sabeis, general, continuó Napoleon; he sabido apasionar á las masas que morian por mí; pero se necesitaba mi presencia, mi mirada eléctrica, mi voz. Yo no poseo el secreto de perpetuar mi nombre y mi afecion en los corazones. Aquí me teneis en Santa Elena: ¿dónde están los cortesanos de mi desgracia? ¿dónde están mis amigos? Dos ó tres de entre ellos, que su constancia inmortalizará, comparten mi destierro. Esperad un momento, y mi cuerpo será devuelto á la tierra para servir de pasto á los gusanos. ¡Qué abismo ante esta miseria profunda y el reino eterno de Cristo, que es predicado, que es amado y adorado sobre toda la faz de la tierra! Él vive en miles de millones de corazones durante miles de años. ¿Es esto morir? ¿No es mas bien vivir? El admirable reino de Cristo me prueba sin réplica su divinidad. Pero si Jesucristo es Dios, la obra que ha fundado, su Iglesia, es divina. Su omnipotente brazo la protegerá, y ningun poder del infierno puede triunfar de ella. ¡Ah! que no pueda yo gritar á todos los que han recibido algun poder sobre la tierra: “Respetad al representante de Jesucristo; no ataqueis ni oprímáis al Papa; de lo contrario seréis aplastados por la mano vengadora de Dios, que protege la Sede de San Pedro!”

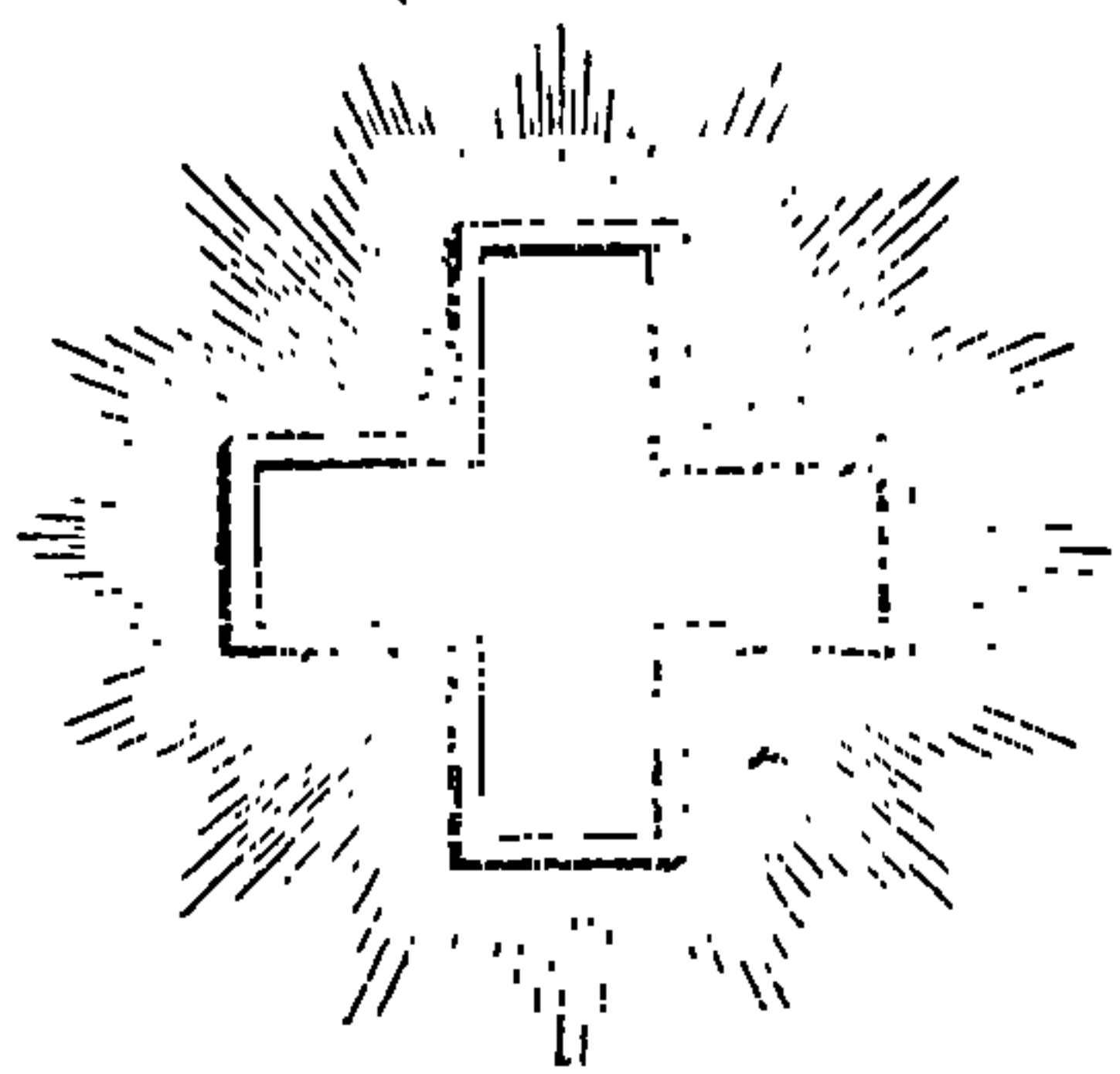
“Napoleon cesó de hablar. Un viento fuerte sacudió las ramas del sauce, y las olas del Océano que hirieron el peñasco parecian una ruidosa aprobacion de las palabras del Emperador.” (\*)

“Sí; Cristo reina, Cristo vence, Cristo impera; y redimidos por Él, nuestro amor es para Él y por Él irémos á su Padre. El gran Apóstol de los gentiles decia á toda la humanidad: “Todas las cosas son vuestras; mas vosotros sois de Cristo; pero Cristo es de Dios.”

De Cristo somos, sí, como quiera que Él es el Verbo Creador, por quien todas las cosas fueron hechas; el Verbo Redentor, por quien todas las cosas, separadas de su último fin por la prevaricacion angélica y la prevaricacion humana, vuelven á su fin inmutable; el Verbo Iluminador, de quien todo hombre que viene á este mundo, recibe la luz.

No rehusemos, no, ser de Él. Démosle nuestro sér, para que Él lo devuelva á su Padre. Inclinémonos, postrémonos á sus piés, besémoslos como la humilde pecadora, confesémosle, diciendo como el Pescador: “Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo,” y en estos dias en que la Iglesia Católica recuerda la institucion del sacramento de amor y el sacrificio del Calvario, pidámosle todos que dé á nuestro sér un reflejo del suyo, para que conformándonos con la imagen sustancial y viva de la bondad eterna, merezcamos ser partícipes de su redencion.

(\*) EL DIOS DE OTRO TIEMPO, por Conrado de Bolanden, II.



A la Srta. D<sup>a</sup> María de Jesus Fernandez

## LA CRUZ.

¡Bendita inspiracion! ¿Quieres que cante Del árbol de salud las maravillas, Y que con voces tiernas y sencillas En mística armonía tu alma levante?

¿Quieres que pulse mi olvidada lira Que en el polvo arrojó dolor infando, Y que mas puro, misterioso y blando Suene mi acento que la cruz me inspira?

¡Bendita inspiracion! ¡Dichosa el alma Que en Jesus vive y que su cruz adora! ¡Qué riqueza en sus males atesora Para alcanzar la inmarcesible palma!

¡La Cruz! ¡oh nombre dulce y misterioso Que me revela al mundo renovado, Desuado de las sombras del pecado, Cual, despues de tormenta, el sol hermoso!

Al pié de aquese leño bendecido Postróse el universo suspirando, Y, su viejo ropaje abandonando, Cíñóse un nuevo y cándido vestido.

Allí brotó la eterna y rica fuente De las gracias de un Dios anonadado, Y el hombre vil, con ellas sublimado, Pudo alzar limpia la abatida frente.

Allí Adán, los Patriarcas y Profetas, Al ver llegado el suspirado dia, Alzaron dulces himnos de alegría Con las de justos mil turbas inquietas.

¡Signo de redencion! un brazo tiendes Para salvar en él al viejo mundo; Con el otro, de la ira del profundo Los nuevos hijos de Jesus defiendes.

Los triunfos de ese signo venerando Cuenta la historia; y el infierno ruje: De siglos diez y nueve el rudo empuje Mil trofeos le vá sólo amontonando.

¡No! si mil bocas, y si el arpa santa Dada me fuera del real Profeta, Nunca pudiera, misero poeta, Numerar de la cruz victoria tanta.

Desde que en ella derramó el Leon fuerte Su sangre preciosísima, y vestida Quedó con esa púrpura temida, Y triunfó del infierno y de la muerte;

En vano pueblos y soberbios reyes, Con toda su pujanza, y cuanta encierra Astucia el orco, le promueven guerra Y acometen destruir sus sabias leyes.

Ella resiste. El huracan, tan sólo El polvo de los siglos que la empañá, Robarle puede; y miéntras más se ensaña, Se alza mas pura de uno al otro polo.

Así las olas con violencia sumá Contra el escollo lánzanse bramando, Y, vencidas, regresan suspirando, Miéntras él brilla con la blanca espuma.

¡Bendita inspiracion! ¡Dichosa el alma Que en Jesus vive y que su cruz adora, Que tan sólo con ella goza y llora Y tan sólo en su amor halla la calma!

Con ella sólo el perseguido hermano, Allá en los tiempos de infeliz memoria, Burlando los furores del tirano, Despreciando la dicha transitoria, En honda catacumba el soberano Bien contemplando y verdadera gloria;

Con ella sólo en hininos se extasiaba Y el sueño de los justos alcanzaba.

Con ella nada mas y un caso humano Y férrea disciplina el cenobita, Léjos del mundo y su ruido insano, Sus misterios altísimos medita: Y el que era de la tierra vil gusano Comienza ya á gozar dicha infinita. No siente el peso de su carne inmundá, Que una aura celestial su espíritu inunda.

Con ella nada más y sus cadenas Llorá el cautivo por revueltos mares; Con ella nada más calma sus penas Y entona melancólicos cantares; Con ella nada más en las serenas Noches suspira por sus patrios lares; Y con ella en el pecho noche y dia El fin espera de su suerte impía.

Allá en tiempos de fé, cuando altañera A la Cruz insultó la Media Luna, Ese signo sagrado fué bandera Que arrastró pueblos, sin igual fortuna; El entusiasmo de los hombres era Tanto, y tanta la union, como ninguna, Que la mar se ocultó con sus bajeles Y la tierra gimió con sus corceles.

¡Oh edad de generosos sentimientos, Cuando la fé, el honor y la hermosura Guiaban del corazon los ardimientos, Y no de vil metal la sed impura; Cuando pueblos y reyes sólo atentos A extender de la Cruz la moral pura, Cual los astros de Febo al rojo solio, Giraban al redor del Capitolio!

Tiene ese signo lengua misteriosa Que entienden sólo el justo, el moribundo; Aquel, cuando se eleva en fervorosa Oracion y une el cielo con el mundo; Este, cuando se le abre la espantosa Eternidad, y en el horror profundo, Toma la Cruz con indecible anhelo Y con ella volar pretende al cielo.

¿Qué no se siente en noche pavorosa Al entrar en piadoso cementerio, Viendo la Cruz que se alza majestuosa, Proclamando eternal sólo su imperio! ¿Quién no oyó con la brisa queperellosa Voces indefinibles de misterio! Ante esa Cruz, ¿quién no cayó de hinojos Y bebió orando el llanto de sus ojos?

A la vírgen pregunta, pura y santa, Que abrasada en amor la Cruz implora, Cuando la voz se apaga en su garganta Y en éxtasis divino gime y llora; ¿Qué duleisima voz su pecho encanta? ¿Qué vision celestial su alma enamora Que se eleva, cual ángel, arrobada Fijos los ojos en la Cruz amada?

¡La Cruz! De ese árbol á la sombra grata Encuentra refrigerio el peregrino, A quien el sol del infortunio mata Y en el valle del mal no halla camino: Allí arroyuelos de luciente plata Calman su ardiente sed, y cual divino Cantar, dulce susurro lo acompaña, Y despierta otro sér con dicha extraña.

Bajo esa sombra el sol tiempla su rayo, Y jamás quema, ni la faz marchita; Allí no llega en el florido Mayo Cítéreo aroma que al placer incita; Quiébrase allí con lánguido desmayo Del mar del mundo la ola que lo agita; Desde ese puerto vése con tristura El naufragio del hombre y su locura.

¡Ah! nunca dejes tan seguro puerto, Que es de las almas venturoso asilo; No te engañe el oasis del desierto, Ni falaz te conviça el mar tranquilo; Teme del mundo el laberinto incierto, Que uno entre mil pudo encontrar el hilo; De pérfida sirena teme el canto, Y abrázate á la Cruz con tierno llanto.

Con ella nada más y su frescura Hallar puede la paz tu pecho ardiente; En ella solo encuentra tu ternura El raudal de un amor indeficiente; Ella cambiar en gozo tu amargura

Tan sólo puede y serenar tu frente. Tu tierno corazon hecho pedazos ¡Sólo halla alivio en sus amantes brazos!

José María Cortés.



## LA SEMANA SANTA.

DOMINGO DE RAMOS.

Ya celebró la Iglesia en ese dia el sencillo y humildísimo pero sublime triunfo del Rey pacífico, que sentado sobre una asna, llegó manso á su pueblo, que lo recibió extendiendo al paso sus mantos sobre el suelo, que tambien cubria de frescos ramos de los árboles y de gallardos tallos de las palmas, cantando alegre: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

Ya en ese dia la Iglesia Santa oró ferviente, pidiendo al Padre celestial la fé en aumento, la esperanza en firmeza, y la bendicion de palmas para nosotros, y para que tambien con ellas salgamos al encuentro de Jesucristo y que por medio de Él lleguemos al reino de su gloria, en el eterno gozo.

Cantado fué ese dia en humilde adoracion el Padre Celestial que se gloria en el concilio de sus santos, y á quien sirven sus creaturas, confesándolo solo Autor, solo Dios, á quien toda obra suya alaba y sus santos bendicen, confesando con libérrima voz el gran nombre de Su Unigénito Hijo delante de los reyes y las potestades de este siglo.

¡Cuánto oró la Iglesia en ese dia! Así pidió al Señor sus bendiciones y santificación, para los ramos de olivo, símbolo de su gracia, y para que los hiciera para nosotros símbolo especial de salud, como para que las palmas que entónces recibimos, tambien benditas, obtengan para nosotros y nuestros hogares la misma bendicion, y nuestro escudo sean en las adversidades por la virtud de la diestra de Dios.

¡Cómo animó la Iglesia en su oracion las cosas insensibles, y pidió á Dios la espiritual inteligencia de sus misteriosos símbolos y la celeste luz para salir al encuentro de nuestro Redentor, y seguir sus huellas despues de haber alfombrado su paso con limpias hojas frescas, con bellas flores y con sabrosos frutos de todas las virtudes!

¡Cuán grandes recuerdos suscitó, cantando al pié de los altares! ¡La paloma del arca de Noé! ¡Elim, la de las doce fuentes, y las setenta palmas, y los campamentos de los hebreos al borde de aquellas corrientes! ¡Sim entre Elim y el Sina! ¡El hambre, y las murmuraciones del pueblo descreído por desconfiado! ¡El maná llovido. . . . .!

¡Cómo nos fué representado el combate y el sacrificio triunfador del Hijo Eterno de la Verdad Eterna con el padre de la mentira! ¡Cómo se nos enseñó á imitar esa combate, ese sacrificio y ese triunfo!

Guardemos siempre en nuestros corazones las enseñanzas, los sentimientos y las oraciones de ese dia! Eso quiere el Señor de la creacion, el Señor de la redencion, el Señor de nuestra Iglesia y de nuestras religiosas fiestas! ¡Bendito y muy amado y muy fielmente obedecido sea!

Despues de la procesion que nos representa las aclamaciones con que los ju-